

EL LICEO DE CÓRDOBA.

PERIÓDICO DE LITERATURA, MÚSICA Y MODAS.

Publicase todos los Jueves, y cada mes da una pieza de música y un figurin de modas.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Secretaría del Liceo y redaccion de este periódico, calle del Huerto de San Pablo núm. 34.

EN MADRID. Almacén de música de Mascardo, calle Alcalá núm. 1 y calle de Preciados núm. 26, y en la Redaccion de la Iberia Musical y Literaria calle de la Madera núm. 11.

PROVINCIAS En todas las Administraciones de Correos, ó por medio de una libranza á favor del Director de este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN CÓRDOBA, 6 rs. para los socios del Liceo, llevado á sus casas; para los que no lo sean 8 rs. con igual condicion.

PROVINCIAS, 26 rs. por trimestre franco el porte.

NOTA. Las cartas y reclamaciones no se admiten en la redaccion sino francas de porte.

LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO.



SECCION DE LITERATURA.

En conformidad con lo que previene el artículo 2.º del Reglamento, ha acordado la junta facultativa de esta seccion, se celebre sesion ordinaria todos los Miercoles á las 7 de la noche en casa de D. Manuel Belmonte, mientras otra cosa no se avise. Córdoba y Noviembre 5 de 1844.—Srio. Luis Maraver.

UN RECUERDO DE CARNAVAL.



IV.

Dulce es la vida si entre sueños de oro arrullada la imaginacion se adormece embriagada en la copa del placer. Mas ¡ay! cuan triste, si la escarnada faz del desengaño nos despierta cruel en la edad venturosa de las ilusiones!!

Cual hermoso capullo que al abrir sus perfumadas hojas el vendabal furioso lo desprende de su esvelto tallo, deshaciendo la perfumada corola de su caliz; así Mauricio en su florida edad camina errante rotos ya los encantados palacios que su ardiente imaginacion formó; sin mas consuelo que una lágrima sin esperanza, y un recuerdo de ilusion perdida.

Tres meses habian trascurrido desde la fatal y última carta de Carlota, y tres meses de un continuo y penoso sufrir, habian hecho desaparecer del semblante de Mauricio la lozania de su juventud y la viveza de su imaginacion.

Carlota desapareció de la casa en que habitaba, y las mas eficaces y continuas indagaciones habian sido inútiles para descubrir su paradero.

Doña Liboria, si bien sentía el estado de habatimiento y afliccion en que se hallaba su amado huesped, tambien gozaba en verse libre de una rival poderosa, y esperaba que el tiempo curase la pasion de Mauricio, y que su desvelo y cuidado la harían dueña del hombre que tanto amaba. Sin embargo, no una vez sola se había atrevido á manifestarle su aprecio, y una triste é irónica sonrisa había sido la única contestacion á su cariño.

Mauricio en su niñez había recibido una esmerada educacion, como nuestro lector sabe ya, y una de las cosas que sus padres quisieron que aprendiera como el mejor adorno de esta educacion, fué la música. Nuestro héroe tocaba muy bien el piano, y no pocas veces este instrumento le había servido de anzuelo para sus borrascosas conquistas. Abatido en el dia y huyendo de la sociedad y del bullicio, distraía su imaginacion dandoles vida á los dulces acentos de Lucia y Norma diamantes hermosos debidos á las inmortales lirras de Donizzetti y de Bellini.

Uno de los dias en que distraido Mauricio en el piano, tocaba sin saber el que, formuló un vals de un gusto estremado, y se entretuvo en escribirlo por pasar el rato. Aun no había concluido esta operacion, cuando entró un intimo amigo suyo llamado Sandoval, y habiendo escuchado la composicion, le manifestó con alegría que era uno de los vales mejores que había oido, y que en el próximo Carnaval debía tocarse en Villa-hermosa. Mauricio tembló al recordar el Carnaval, y su semblante palideció.

—No amigo, este vals no es para presentarlo

en ninguna parte, y menos en Villa-hermosa. Yo lo he escrito sin saber lo que escribía y esto no sirve sino para romperse. Y lo hubiera llevado á efecto, sino se lo hubiese arrebatado de las manos su amigo Sandoval.

—¡Estas loco! Este vals me pertenece, y yo haré de él lo que mas me plazca. Figurate que nada has escrito, porque no lo vuelves á ver mas.

—No seas necio, y rompe una cosa agena de tener el mas pequeño mérito.

—Di lo que quieras, pero este vals, voy á darselo á mi maestro de música, para que lo arregle á toda orquesta, y voy á tener el gusto de bailarlo en el elegante salon del Liceo. Adios.

—Ya que es inutil que yo me oponga á tu gusto, dos favores te voy á pedir.

—Primero.

—Que no se ponga mi nombre.

—Concedido. Segundo.

—Que se le ponga por título: *Un recuerdo de Carnaval.*

—Aprobado.

Las manos de los dos amigos se entrelazaron, y Mauricio quedó solo en su cuarto.

El Cartero llama á la puerta de la casa de huéspedes, y el criado entrega una carta á Mauricio procedente de Sevilla: rompe el sobre y lee lo siguiente.

»No pudiendote ocultar por mas tiempo la fatal desgracia que nos aflige: es preciso que resignado y con aquel valor que debe tener todo hombre de bien en las adversidades de la vida, recibas una noticia que si bien es terrible, tambien es inutil y de ningun provecho entregarse en manos de un dolor estremado, que no nos puede traer el remedio que se desca. Conozco tu corazon querido hijo mio, y se que tu padre va á clavar en él un dardo cruel, pero recuerda su cariño, y ven á sus brazos á encontrar el balsamo del consuelo que solo un padre puede darte. Tu llanto y tu dolor los estoy viendo desde aquí y ese llanto está quemando mi alma, por no poderlo enjugar con mis manos. Tu tio D Pedro ha muerto. ..

Un grito de desesperacion y de dolor salió del comprimido pecho de Mauricio, y cuando asustados entraron Doña Liboria y criados, exánime se hallaba en el suelo el infortunado héroe de nuestra historia. Todo fué confusion en este instante. Doña Liboria estrechaba entre sus manos las manos heladas de Mauricio; el criado corria á llamar al médico, y la criada vusaba con precipitacion en la cómoda de su ama, el frasco de agua de Colonia para confortar las sienas del enfermo y hacerlo volver en sí. Ningun huésped habia en casa que pudiese ayudar á la aflijida viuda del Corregidor de Oviedo; sus gritos y sus lamentos nadie los escuchaba sino la criada, y esto era la causa de que desprendiesen sus vetustos ojos un torrente de lágrimas, que erau limpiadas con el delantal, á falta de pañuelo en aquel momento.

Ni el agua de Colonia, ni el vinagre, ni el echarle agua en el rostro, eran bastante para hacer á Mauricio volver en sí.

La campanilla de la puerta ha sonado, la cria-

da corre á franquear el paso al que llama, y el médico está al lado del enfermo.

—Unas friegas generales y acostarle inmediatamente; mucho silencio, y en volviendo de ese letargo, dejarlo descansar hasta dentro de dos horas que yo volveré. Papel y tintero.

Al momento fué servido el Doctor y pocos instantes despues, estaba el farmacéutico despachando una mistura anti-espasmodica.

(Se continuará)

M. SORIANO FUERTES.

AL NARDO.



O tú, cándida flor del seco estío
que ornato das y olores
sobre cuantas formó pintadas flores
del Betiz la ribera.

Cuando su luz postrera
oculta el Sol tras el vecino monte
y oscureciendo el cóncavo horizonte
vierte la noche el serenal rocío,
despliega tu arrogancia
los cerrados pimpollos, difundiendo
de tu rico nectario la fragancia.

Entre las plantas que á tu lado cria
la estacion del verano delectosa
ninguna como tú durable vive
balsámica y hermosa.

Nace á tus pies la purpurina rosa
y cuando al nuevo Sol muerte recibe,
en juventud riente
tus ojos se dilatan
y de mi bien la nacarada frente
ornas fragante y el cabello undoso.

No en vano, Nardo hermoso
te escogió mi Belleza
entre cuantas pintó naturaleza
aromáticas flores
adornar su rostro soberano;
y de tu caliz la exprimida esencia
para ungir su cabello
que en mil rizos el viento desordena
y el sentido y los ojos enagena.

Cuando con blanca mano
te acerca, oh flor, al labio coralino,
de aquel su dulce aliento
te presta al abrazarla con las hojas
y con tu aroma ufano
le esparces por el viento.

Mas no engañada tu altivéz se engría
porque al lustre divino
de tu blancura escede el albo cuello
de la hermosa luz mia;
y el ambar que respira peregrino
por entre el labio bello
vence al olor que tu corola envía.

1825.—DARSINO DÉLFICO
POETA ÁRCADE.

SUPLEMENTO DEL LICEO DE CÓRDOBA.

SECRETARÍA DEL LICEO.

A consecuencia del acuerdo habido en junta general de 21 de Setiembre del presente año, se pasó á los Sres. Socios el oficio siguiente:

»En junta general celebrada en este dia ha sido aprobado el presupuesto y plan de la obra que debe tener lugar en el edificio del Liceo, y entre otros recursos para atender á ella, se han acordado las cantidades que cada socio pueda voluntariamente dar con cualidad de reintegro en el concepto de que tanto se aprecia el desprendimiento de un real como el de mil.

En su virtud y por acuerdo de la misma se dirige á V. esta comunicacion, rogandole se sirva devolverla contestada al margen en los términos que á bien tenga para los efectos consiguientes.

Dios guarde á V. muchos años. Córdoba 21 de Setiembre de 1844.—El Presidente, Marcial de la Torre.—El Secretario, Manuel S. Belmonte.

Y en su virtud han contestado los Sres. que acontinuacion se espresan.

	<i>Rls.</i>	<i>Mrs.</i>
El Sr. Presidente D. Marcial de la Torre.	24,000	
D. Domingo Perez de Guzman.	200	
D. Manuel Arevalo.	60	
D. Antonio Ariza.	60	
D. Antonio Salcedo, sin reintegro.	40	
D. José Salinas, id.	400	
D. Antonio Falp.	50	
D. Manuel Perez, sin reintegro.	106	24
D. Manuel Ochoa, id.	60	
D. Manuel Jontoya, id.	60	
D. José Maria Sérra, id.	60	
D. Estevan L. Medina, id.	60	
D. Ildefonso Gonzalez, id.	100	

D. Rafael Alvarez	50
D. Pedro Lopez, sin reintegro.	100
D. José Camara, id.	100
D. Cristobal Fernandez de Córdoba, id.	100
D. Bonifacio Masas.	40
D. Rafael Paz.	0
D. Francisco Javier Valdelomar, sin reintegro.	50
D. José Montesinos, id.	20
D. Andrés P. Triviño, id.	40
D. Fernando Mancebo, id.	100
D. Miguel Golmayo.	60

Las que ofrecen los Sres. D. José Salinas, D. Manuel Pérez, D. Ildefonso Gonzalez y D. Pedro Lopez, comprenden dimisiones de créditos antiguos.

Lo que se anuncia para satisfaccion de los interesados y al mismo tiempo para que los Sres. en cuyo poder obren los oficios de invitacion y no hayan manifestado su generosidad, se sirvan hacerlo lo mas pronto posible.—El Secretario general, Manuel S. Belmonte.

*Córdoba: Imprenta á cargo de Joaquin Manté,
calle de las Nieves núm. 7.—1844.*

AL RUBOR DE LAS HERMOSAS.



¿Donde el sublime pintor,
donde está el suave carmin
que dá á la hermosa color
cuando aparece *el rubor*
en su faz de querubin?

Ni en el Iris, ni en la aurora
encontramos tinte igual:
belleza tan seductora
ni aun la mente voladora
tiene en su mundo ideal.

¿Y como formar un mundo
puede la imaginacion
que al observador profundo
un manantial mas fecundo
le ofrezca que el corazon?

En el pecho de las bellas
está como el sol ardiente
esparciendo sus centellas;
y allí es donde tienen ellas
del rubor la hermosa fuente.

¡Ay! no es posible alcanzar
la delicada emocion
que hace *el rubor* ostentar
¡Quien pudiera adivinar
misterios del corazon!

Mas tiene tanta pureza,
muestra sentimiento tanto
el rubor de la belleza
que no tiene igual encanto
toda la naturaleza.

Cuando advierte su megilla
bañada en matices rojos,
quiere la joven sencilla
el fuego ocultar que brilla
irresistible en sus ojos.

Mas su párpado caido
que se descubra no evita;
por que tiene algun descuido
y mientras mas escondido
su fuego mas nos agita.

Hasta su labio es infiel,
pues revela del rubor
la emocion dulce y cruel:
y, al vibrar.... muestra que en él
vaga un acento de amor.

Acento tan elocuente
Que hasta en el fondo del alma
penetra de aquel que siente
de amor la pasion ardiente
y busca de amor la palma.

Cualquiera emocion inspira
del corazon de las bellas,
que el hombre adora y admira;
toda mi alma para ellas:
para ellas tambien mi lira.

Córdoba 17 de Octubre de 1844.

JAVIER VALDELOMAR Y PINEDA.

UNA CACERÍA.



ESTUDIOS DE COSTUMERES.

La venida del Sol alejó de nosotros el silencio con que caminabamos. El grato calor de sus benignos rayos circulando por nuestras venas hizo desaparecer el entumecimiento de nuestros cuerpos producido por el frio de la mañana. Habiamos dejado atras las huertas del Cerrillo y de la Aduana y dabamos principio á la subida de la cuesta de la Traicion. Al pie de un cerro en cuyo asiento el grandioso Pino-gordo muestra su elevada copa, y á la izquierda del camino que seguimos un manantial de agua cristalina se desliza en ondulaciones de plata. Un arco de ladrillo, destrozado por la inelemencia del tiempo es el único adorno de aquella fuente natural. En aquel sitio hicimos alto: allí fué consumida parte de nuestras provisiones y volvimos á continuar nuestro camino.

Los últimos rayos del Sol se ocultaban tras las colinas, cuando llegamos al caserío donde debiamos albergar. Aquella noche se pasó en los preparativos de la batida del dia siguiente. Acomodados como pudimos, ora sirviendonos de lecho los aparejos de nuestras cabalgaduras, ora recostados sobre el duro suelo cerca del fuego que ardia en medio de la cocina, nos entregamos al descanso. Llegó por fin el deseado dia. Los asperos sonidos de los cuernos de caza fueron la señal; abandonamos nuestros lechos y dimos principio á el almuerzo. Concluido este, acomodamos en nuestros zurroneos algunas ligeras viandas y nos alejamos del caserío en direccion al cerro objeto de nuestra excursion. Acomodados en nuestros puestos con orden de no separarnos de ellos se dió principio al ojeo. Bajo de una añosa encina en cuyo descuidado pié habian crecido multitud de arbustos que casi me cubrian, con mi escopeta preparada esperaba con ansia la llegada de alguna fiera. Era la primera vez que asistia á una diversion de esta naturaleza y gozaba lo que no es decible. Cuando los batidores entraron por mi izquierda en la mancha, el ruido de sus tiros, sus voces, sus juramentos, el ladrido de multitud de perros, toda aquella algazara salvaje me encantaba. Algunas balas que pasaron silvando por mi lado me hicieron conocer la esposicion de estas diversiones. Un caracter guerrero deberá gozar en esta imitacion de la guerra: en esta lucha del hombre contra la fiera. Transcurrieron algunas horas y ostigado por el hambre devoré los viveres que me acompañaban. Al verme solo en aquel sitio de que no debía separarme, al sentir transcurrir una, dos, tres horas sin tener con quien conversar, empecé á renegar de mi amabilidad. El ruido de los cazadores, todo aquello que antes cautivaba mi atencion entonces parecia fastidioso y monoton. Juré no volver á aceptar ninguna partida de caza y me hubiera alejado de aquel sitio si un ruido extraordinario que senti hacia mi derecha no me hubiese hecho cambiar de resolucion. Sin ser á impulsos de el viento vi moverse aun lado y otro los tallos de espesos jarales.

Aquí y allá caían tronchadas sus ramas: parecía que la segur de un leñador trazaba un camino al través de la espesura. De repente acosado por los perros, bufando y repartiendo á un lado y otro furiosas dentelladas apareció delante de mi un enorme javalí. Acababa de salir á un llanete que se extendía delante de mi puesto. Apenas fui dueño de contener las palpitations de mi corazón á la vista de la fiera. Era acaso miedo ó alegría aquella conmoción extraordinaria que esperimené? No podré definirlo. Vibrando en mi oído los fuertes latidos de mi corazón preparé mi escopeta salió el tiro y un bufido mas fuerte que los anteriores me hizo conocer que el javalí estaba herido. Con efecto apenas podia andar. Acometido por los perros, sentado sobre sus patas el valiente animal se defendía. Tres perros heridos por sus formidables colmillos estaban tendidos á su lado. Deseoso de terminar aquella lucha, enagenado de alegría acérome con precaucion preparo otra vez la escopeta que habia vuelto á cargar y mi victoria fué completa. Dos veces habia atravesado el cuerpo del animal. La porcion de sangre que habia derramado, las fuerzas que empleara en la lucha con los perros le habian debilitado de tal modo que ya no oponia resistencia á sus dentelladas. Sin embargo colocando en el cañon de la escopeta mi cuchillo de monte lo introduje dos veces en el pecho de la fiera y presencié su última agonía.

(Se continuará)

C. ESCANDON.

ROMANCE.



Apenas el rubio Febo
 Su clara lumbre derrama,
 Por la llanura dó el Betis
 Tiende su corriente mansa.
 Carilo á quien los pesares
 Atormentan y maltratan,
 Salta del lecho enojoso
 Donde reposo no halla.
 El incierto paso guía,
 Lenta moviendo la planta,
 A buscar del bosque umbrío
 La mas oculta enramada.
 Llega, y el cuerpo recuesta
 Sobre la menuda grama,
 Al pié del tronco elevado
 De altiva y frondosa haya.
 No del rui señor parlero
 Que gozoso amores canta
 Con melodiosos gorjeos,
 Saltando de rama en rama;
 Ni del piotado gilguero
 La bulliciosa algazara,
 A distraer los pesares
 Del triste Carilo bastan.
 Pensativo y silencioso,
 Con la cabeza inclinada,
 Fijos en tierra los ojos
 Que de llorar no descansan.

Recuerda las dulces horas
 Que junto Arminia pasaba,
 Respirando embelesado
 De su aliento la fragancia.
 Recuerda su grato acento,
 Sus alagüeñas miradas,
 El talle gentil y esvelto,
 La cintura delicada.
 Saca del seno y de besos
 Cubre la trenza dorada,
 Que Arminia al partir le diera
 En prueba de su constancia.
 Contra su pecho la estrecha,
 Con sus lágrimas la empapa,
 Enternecido la mira,
 Y ardiente suspiro lanza.
 Cual sin cesar se lamenta
 La tortola solitaria,
 Al ver que del caro esposo
 Cruda muerte la separa.
 Y con sus tiernos arrullos
 Sobre el álamo elevada,
 Se queja, y al bosque todo
 Su grave dolor declara.
 Así el amante Carilo
 Las horas del dia pasa,
 Hasta que la luz de Febo
 Entre las selvas se apaga.
 Entonces del duro suelo
 El doliente cuerpo alza,
 Y el tardo paso dirige
 Hacia su humilde morada.

CARLOS RAMIREZ DE ARELLANO.

CRÓNICA.

—Cada dia recibimos las comunicaciones mas satisfactorias de nuestros socios corresponsales. No insertamos tan alhagüeñas contestaciones porque la estrechéz de nuestro periódico no nos lo permite, lo que sentimos extraordinariamente y en particular por la de el Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí.

—En la noche del 5 del actual ejecutó la compañía dramática de este teatro la comedia del Sr. Ayguals de Izco titulada: *La tercera dama duende ó los monederos fulsos*. El teatro estuvo lleno de una brillante concurrencia que aplaudió á los actores; la mayor parte, jóvenes de grandes esperanzas que empiezan ahora tan espinosa carrera. Deseariamos que el apreciable Director de esta compañía el Sr. Rico nos hiciera oír piezas de costumbres que tanto agradan al público ilustrado de esta Capital.

DIRECTOR Y REDACTOR M. SORIANO FUERTES.

Cordoba: Imprenta á cargo de Joaquin Manté,
 calle de las Nieves núm. 7.—1844.